

Síntesis biográfica

EDUARDO LINCE FÁBREGA



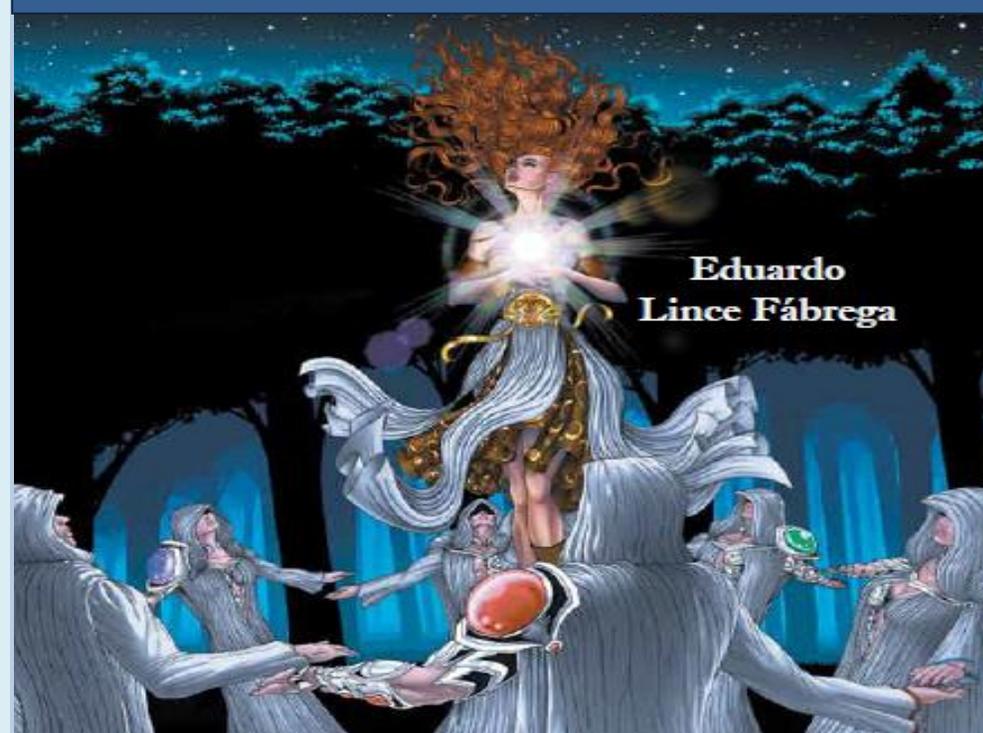
Nació en la ciudad de Panamá. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Panamá. Ha trabajado en diferentes organizaciones no gubernamentales. Incursionó en la Literatura Juvenil con la novela El bosque escondido (2003). Otras obras juveniles incluyen el cuento El gnomo prisionero (FIL Panama, 2004), Las novelas: El valle prohibido (2006), El jardín interior (2009) y El enigma de las esferas (2012) publicadas por la editorial Piggy Press.

También ha publicado cuentos dirigido a público adulto en dos antologías.



Una publicación de la Academia Panameña de LIJ
Mayo/Junio 2014
Dirección: Irene de Delgado
Diseño: Genesis Espinosa

CONOCE A TU AUTOR



Eduardo Lince
Fábrega

Fragmento: El enigma de las esferas.

La caverna es oscura. Un aire gélido y antiguo se mece entre las paredes húmedas, dejando a su paso un sinfín de susurros que llenarían de pavor a cualquier osado que se aventurase por sus laberintos. De pronto, un fulgor rompe la oscuridad absoluta. Como salidas de la nada, aparecen tres figuras humanas portando sendas antorchas. A medida que avanzan es posible distinguirlos: son dos hombres y una mujer, todos jóvenes, los que marchan en silencio por los cavernosos corredores. La débil luz de las antorchas se levanta sobre sus cabezas y entonces es posible distinguir otra forma frente a ellos, imponente, grotesca, terrible. Es un gigantesco ídolo con ojos de cristal. Iluminados por las antorchas, los ojos del ídolo brillan.

Las siluetas se dibujan en las húmedas rocas, haciendo que parezca que hay otros seres danzando en la caverna. Los tres visten túnicas que reproducen el mismo color de la piel de cada uno: el más fornido de los hombres es de raza negra; el otro, de contextura delgada, parece de raza oriental; la mujer, sin dudas la líder del grupo, exhibe una tez muy blanca y el rostro enmarcado por una cabellera aún más oscura que el vientre de la caverna; su cuerpo estilizado sobresale en el conjunto de los oficiantes.

Los tres recién llegados se postran al mismo tiempo ante el gran ídolo, y en medio de ellos, la figura femenina recita una especie de plegaria, en un idioma que no se parece en nada a los que se hablan en los confines de su mundo. Ni siquiera sus compañeros saben interpretar esas palabras secretas; solo intuyen que ella se comunica con alguien poderoso, al que escuchan llamar El Magnífico en la lengua extraña, dirigida a la deidad erguida entre las sombras. No es sino hasta después de varios minutos de esta comunicación críptica, cuando la mujer se deja oír en el idioma común.

—Oh, Magnífico, he aquí a tu esclava, Thorquela. Yo abriré el camino cuando descendas a nuestra tierra, oh gran Ser del Alto Mundo. Yo iré antes que tú, eliminaré a tus enemigos, buscaré entre los hombres,

mujeres y bestias a los llamados a cumplir con la voluntad de aquel que te quiere esclavizar... Tú reinarás sobre Pangea... Yo, Thorquela, impediré que los aliados de tu adversario logren su propósito de permitir el fin de nuestro mundo. Pangea se mantendrá unida, como una tierra, porque uno es el Magnífico, porque grande es el Magnífico. Ese es mi juramento.

Los dos hombres que la escoltan son individuos valerosos, probados en fieras batallas, pero su valor se resquebraja ante el súbito resplandor que se incrementa en el cristal de los ojos del gigantesco ídolo de forma humana, salvo por las orejas en punta y los cuernos en la cabeza. Un miedo jamás sentido los acomete, al tiempo que en la estancia se deja escuchar la maléfica risa que parece provenir del pecho de Thorquela, aunque ellos bien saben que es otra voz la que se expresa desde su cuerpo. Acto seguido, la mujer se desploma en brazos de sus acompañantes.

Minutos después, cuando logran reanimarla, ella abre los ojos como quien se libra de una tétrica pesadilla. Su voz, aunque entrecortada, es otra vez suya cuando expone el mensaje recibido:

—El Magnífico me habló. El tiempo llega. Una avanzada de siete seres mágicos descenderá sobre la tierra luego de la próxima noche sin luna. Cuando despunte el alba el gran arco iris será el puente para llegar a nuestro mundo. Cada uno de los Seres portará uno de los colores del puente celestial. Él, el Magnífico, será uno de ellos, aunque los demás no lo sabrán. Vienen con la misión de evitar a toda costa los designios del Gran Rey del Mundo Superior... el Gran Rey que pretende exterminarnos. Una nueva era empezará. Gobernaremos Pangea solo si cumplimos las órdenes del Magnífico.

Luego se queda absorta, ensimismada en la gravísima misión que tienen por delante. A la luz de las antorchas, su piel blanca, sus ojos verdes y los cabellos negríssimos que caen sobre sus hombros hacen resaltar la belleza inigualable por la que es alabada por tantos y tantos guerreros que se dejan matar bajo sus órdenes. No en balde El Magnífico se ha fijado en ella para encabezar sus planes de rebelión.